



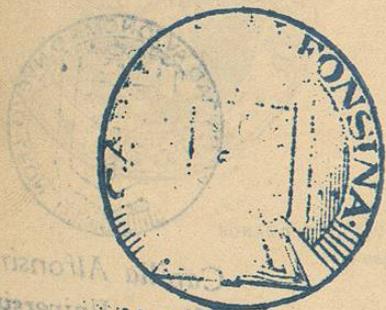
BIBLIOTECA

CT 3240

C3

V. 6

Esta obra es propiedad absoluta del editor don José María Faquinetto, quien perseguirá al que la reimprima o traduzca sin su previo consentimiento. Queda hecho el depósito que marca la ley.



BIBLIOTECA PÚBLICA
DE LEÓN

VETURIA

Esta mujer extraordinaria es mucho más conocida por el nombre de su hijo que por su propio nombre. Como la madre de los Gracos, ha pasado á la posteridad con la denominación de madre de Coriolano. Su historia y su tiempo no se hallan claros y fijos. En los antiguos historiadores mismos tropezáis con denominaciones y apellidos diversos para su persona. Mientras Tito Livio la llama, como nosotros, Veturia, la llama Plutarco Volumnia. Este último nombre también lo usa el historiador latino, pero poniéndoselo á la mujer del ilustre general romano y no á la madre. Con Veturia todavía estamos en los tiempos épicos. La historia romana, como la historia griega, empieza por una mitología y sigue por una epopeya. Con razón, pues, llama Juan Bautista Vico á la edad primera de tales pueblos edad de los dioses y edad

de los héroes á la segunda. Desde Vesta, desde Marte, desde la mitológica loba lactante, pasamos á las genealogías patricias caracterizadas por nombres como los de Fabio, Públicola, Claudio, Marcio. Este apellido usaba Coriolano, y familia Marcia se decía su familia como descendiente de los reyes y de los patricios así denominados, que llevaron á Roma, por medio de célebres acueductos, aguas claras y ricas. Pero aquí entra la crítica moderna con su poda y desmocha las innumerables ramas entrelazadas, cuyos tejidos forman la selva de tantas seculares supersticiones históricas y legendarias cual ha fomentado unas veces el interés y otras veces el orgullo humano. Las familias romanas se desvivían mucho por los recuerdos de su historia y por los antecedentes de sus progenitores, necesitando arrancar al tiempo privilegios misteriosos de nombradía indispensables en los combates con las clases populares á su poder y á su autoridad. Y cuando les parecían demasiado próximas las épocas mejores de sus familias y poco bellas las remembranzas históricas guardadas en su tradición y en su memoria, solían exagerarlas con acrecentamientos fantaseados y fantásticos, bien de su propia cosecha, bien inventados por sus numerosos genealogistas. A tal manía nobiliaria imputan muchos recelosos críticos la existencia de

tantos Claudios como hemos notado en la tragedia de los decenviros y la historia misma esta de Coriolano que pretendemos recordar ahora. Hasta sobre su primer nombre disputan los autores. Cayo le llama Plutarco por citar solamente los más célebres, y Cneo le llama Tito Livio. Niebhur sospecha en la historia de su muerte una especie de calco sobre la muerte de Temístocles concebido con el fin de favorecer y lisonjear ciertas pasiones romanas. Y pone con implacable severidad la persona de tal personaje, su nombre y su vida, fuera de la historia, en la misma categoría de historias como la de Camilo, toda ella falseada por los siniestros resplandores de leyendas y tradiciones engañosas. Y afirma que la invención literaria sobrepuja en todos estos dramáticos accidentes á la fidelidad narrativa. Los combates singulares de Coriolano frente á las plazas sitiadas, parecen transmitidos de unas leyendas á otras leyendas, pues varias veces se repiten á una con monotonía y uniformidad en las historias. Hay también para este desconfiado crítico interpolaciones de los analistas y plagios de otras pasadas historias que se reproducen y se repiten á una con triste monotonía y sin verdadera originalidad. En sus mismas batallas y conquistas no descubre más que una repetición incompleta de las batallas sostenidas entre los pueblos

vecinos de Roma que habitaban por los espacios de las lagunas pontinas. Y llega hasta decir que la vanidad romana puso un general nacido en el Pomerio de Roma y sus gentes á la cabeza del ejército volsco para que no cayeren tantas glorias lejos de la Ciudad Eterna, empeñada en apropiarse todos los despojos del vencido y todas las leyendas diseminadas en los aires del histórico Lacio. Sea de todo esto lo que fuere, al final del capítulo consagrado por el ilustre renovador de las romanas historias á Coriolano, en el tomo III, ve y observa con profundidad verdadera de juicio cómo soñada fábula no podría bastar al fundamento y vulgarización de un célebre nombre, y hay que admitir por fuerza incontrastable algún asomo de verdad histórica. ¡Vaya si hay que admitirlo! Estas tradiciones podrán alterarse al curso del tiempo y al desgaste de la transmisión escrita ú oral; mas no puede por modo alguno desconocerse cómo han salido del seno de los hechos ciertos y cómo se han sistematizado en torno de altísimos personajes verdaderamente reales. Cúmplenos á nosotros observar en esta historia toda la influencia ejercida por la madre romana sobre los corazones de sus hijos, y basta por completo tal parte ó lado de la historia del guerrero para nuestros propósitos. Y bajo este aspecto la tradición de Veturia, su madre, y de

Volumnia, su mujer, y de los hijos que le diera el cielo, y del sacrificio que por ellos se impuso hasta la muerte, quedan con toda su fuerza poética, y en toda su verdad esencial, mezclados con los recuerdos más vivos de todo el humano linaje y en las páginas más brillantes de la historia universal.

Coriolano es el tipo de una clase, de la clase nobiliaria y patricia. El orgullo y ufanía de su estirpe sobrepuja en él á todas las pasiones y toma en su alma contra los plebeyos el odio fatal que las especies inferiores sienten contra todas aquellas especies con quienes nacieran y se criaran en perpetua guerra. Un dios no miraría desde los altos cielos suyos las partículas de polvo movidas por el rafagueo de los vientos con tal menosprecio como contempla el guerrero patricio á las menores gentes. ¿No habéis observado alguna vez con qué desdén el noble moderno, á pesar de lo mucho que las ideas de igualdad han penetrado en los ánimos, contempla su lacayo y con qué amistad su yegua? No puede forjarse una idea clara de cómo los sentimientos de una superioridad familiar, por razón de la sangre y de la historia, superan y acallan todos los demás sentimientos del humano pecho. Se forma dentro del alma una fe tan viva en la virtud del privilegio innato, con el cual se nace, como la que pueda tener un pontífice máximo en

la virtud del mundo religioso, á cuya cabeza lo han puesto las creencias de sus fieles. Y esto sube de punto en las ciudades antiguas, donde se hallaba desde la conquista del suelo hasta la religión de los dioses vinculadas en ciertas soberanas familias. Los timbres más claros de la historia, los sepulcros más circuidos de respeto, los recuerdos más vivos en la universal tradición, los nombres que brillan en la mente al modo de los astros en la inmensidad, los dioses que protegen á la patria, las instituciones seculares basadas en los fundamentos graníticos de la sociedad, todo se liga en ciertas familias, destinadas por su propia soberbia y por la humillación de aquellos que las miran postrados de hinojos, á reinar sobre los hombres y sobre la tierra. El antiguo patricio romano con su lanza quiritaria, con su toga pretexta, con su derecho de imperio, con su matrimonio sublime de la confarreación, con sus privilegios sacerdotales, con sus auspicios especialísimos, apto y habilitado para todas las magistraturas, privilegiadísimo en el saber tanto las fórmulas jurídicas como las revelaciones religiosas, intérprete de los augurios, para quien los vuelos del ave y los giros del aire guardan enseñanzas imposibles á los demás mortales, con derecho de vida y muerte sobre sus hijos, acompañado por una turba de clientes y por otra turba de siervos, bien puede imaginarse

un Dios y creer que todos cuantos no pertenezcan á su clase superior y no bajen de su estirpe divina se hallan tan lejos de su persona como de su Criador las míseras criaturas. Y cuando una divinidad así piensa que los conquistados por ella juntamente con el suelo patrio aspiran á igualarlo, se ríe unas veces, ó se indigna otras, de semejante pretensión absurda, sin llegar jamás á comprenderla. Le parecería más natural cualquier especie inferior de las conocidas, sobre todo si es fuerte, sustituyendo á la especie humana, que un plebeyo aspirando á dignidades y prerrogativas, las cuales pudieran elevarlo hasta las alturas donde truena y campea un patricio. La educación exacerba todos estos afectos y prospera todas estas supersticiones. El trato con los iguales concluye por endurecer el ánimo contra los inferiores. Así como el creyente supersticioso en una religión determinada no cree humano y semejante suyo al infiel, tampoco cree humano ni semejante suyo al plebeyo un verdadero noble. Contra todas las impresiones de nuestra razón y contra todas las advertencias del tiempo y de la historia, un primate, un patricio, un aristócrata, un verdadero noble adquiere y sustenta las ideas de la desigualdad humana y ve una distancia tan larga entre él y sus inferiores, como la que podamos ver entre nuestra especie y las especies irraccio-

nales. Si el inferior se somete á su dirección y se conforma con su incontestable superioridad, quizá lo cuide y lo mantenga como los borregos de su aprisco, y los caballos de su cuadra, y los faisanes de su pajarera; mas si el inferior se acuerda en su memoria de que también es él un hombre y aspira por un camino cualquiera é invocando un derecho más ó menos fundado, no á igualarse, no, á creerse con alguna facultad, con alguna prerrogativa, con alguna sombra de privilegios, con algún escrúpulo de autoridad, ó bien adquirida, ó bien heredada, los nobles le tratan como pueden tratar á las reses por sus dominios esparcidas para servirle en sus recreos de caza, le tratan á sangre y fuego. Vamos á ver esto en la figura histórica del patricio Coriolano.

Coriolano era duro, muy duro. Estas tristes asperezas de un temperamento fuerte debían hallarse mucho en su nativo sér y formar como el fondo y sustancia de su alma. Privado desde muy temprana edad de su padre, y encomendada su crianza y su cultura en esta orfandad á las mujeres, parecía cosa natural que las mujeres ablandaran un poco su corazón y pusieran en las rudísimas calidades guerreras alguna dulcedumbre. Pero indudablemente la fuerza de su sangre aventajó en él á todas las demás fuerzas de su vida. El patricio muerto le infundió, con el orgullo de su familia y raza, supers-

ticiones tan hondamente arraigadas, que tomaron el carácter y el ministerio de facultades personalísimas é interiores.

No se compadecen mucho los entusiasmos y los errores en el deseo con la constancia y la tenacidad en el propósito. Pero al espíritu humano, moviéndose mucho, acaba por sucederle muy exactamente lo mismo que le sucede á los cuerpos, adquiere calor en el movimiento. Y Coriolano, desde sus mocedades, se movió mucho en los dobles campos de la política y de la guerra que se abrían en Roma con largos espacios y copiosos frutos á todas las alteradas ambiciones. Sin embargo, el motor principal de su espíritu y el aguijón primero de su vida se hallaban á una en el odio, la pasión de sus pasiones. Y el odio se deja tentar mucho de su extremo en verdad más aborrecible, de la cólera; odio en su más alta potencia, en su mayor energía, en su actividad más turbulenta. Cuando una voluntad tiene tamaña fuerza, el obstáculo contra que parece romperse y estrellarse le sirve tan sólo para subir más arriba y enfurecerse con acerba intensidad. El único límite hallado por la tenaz é intensa voluntad interior del guerrero se llamaba plebeyo, y al estrellarse contra el plebeyo, combatía por anegarlo, cual esas olas y esas mareas embravecidas anegan el escollo donde se rompen como para más alterar-

se y embravecerse. Y el alma de un hombre que pertenece con fidelidad á ciertas clases sociales no es tan sólo un alma individual, es un alma colectiva, por llevar en sí, merced á natural atavismo, no solamente su propio sér, sino también el sér de los que vivieron y el sér de los que vendrán. Y la cólera estaba unida en él con desapoderadas ambiciones. Político y militar, el campamento le parecía un Senado y el Senado le parecía un campamento. En su tienda de general discurría como si asistiese al templo de la victoria, y en su sede parlamentaria como si asistiese á un consejo de guerra. Creíase nacido para dominar sobre los demás é impeler adelante y arriba su clase, los consanguíneos de su familia social ó raza. Todas las potencias de su propio sér se concentraban en el granjeamiento de una potestad política sobre los inferiores, nacidos para la sumisión y para la obediencia. ¡Cómo tira de sus nervios un alma por el estilo y los mantiene remontados en una tensión infinita! ¡Qué fuerza y vigor á los músculos presta semejante actividad incansable, acerada en el toque afilador que le ofrecen los acontecimientos! Estos temperamentos así concluyen por cerrarse á todas las emociones comunicadas desde lo exterior y por en todo reducirse á sí mismos, tomando las enormes proporciones y el vigor de una gran fortaleza. Pero tal fortaleza encuéntra-

se asediada por el sitio formidable que le ponen á la continua cuantas pasiones contradictorias con ella se mueven alrededor suyo. El interés de los plebeyos por sus derechos debía exacerbar el interés de tal patricio por sus privilegios. Tanto como buscaba el afecto amistoso de los suyos buscaba también la enemistad implacable de los inferiores. Diríase que un hombre de su altura miraba con celo y envidia el esfuerzo empleado por los de abajo para salir de su inferioridad, pues, siendo esfuerzo, descubría enérgica voluntad. Exaltábase á sí propio cuanto más combatía por la depresión y humillaciones de los otros. La idea de clase y familia estaba en él sobre la idea de patria. No creía tan digno de su amor el suelo romano como los primates á quienes el suelo alimentara y diera su jugo y savia. Por eso cuadra mucho con su compleción y con su historia el dicho que le puso la poesía en los labios, cuando le hizo decir: «que no estaba Roma en Roma, sino allí donde se hallaba él.» Cuando se tiene un amor más intenso y más general á la patria, se ama en ella todo el suelo y con el suelo todas las gentes que vivifica y mantiene, ama uno al pueblo. Cuando se pertenece á raza orgullosísima se detesta en el mismo suelo de la ciudad ó de la nación aquella parte del territorio en que acampan los enemigos. Tales afectos descú-

brense y obsérvanse con facilidad allí donde hay dos barrios enemigos ó dos ciudades rivales, como acontecía en la Edad Media. Un blanco de Florencia odiaba, siendo florentino, la calle habitada por los negros. Y un toscano de Pisa, la odiada y odiosa, detestaba el sitio de Toscana donde vivían sus rivales, ó sus enemigas, ya se llamaran Sienna ó Florencia.

Pues bien: Coriolano detestaba en su orgullo patricio todas las tierras en que arraigaban los plebeyos, el Monte Sacro, el Aventino, lo que no fuese aquel monte suyo, donde veía de pie la casa ocupada por los reyes sacerdotales ó guerreros, abuelos de su clase; el templo á que acudían los senadores y en que celebraba sus sesiones el Senado; las aras de aquellos penates aristócratas, cuya voluntad habían dado un cetro á cada noble con sus lanzas quiritarias; los archivos de tanto viejo recuerdo y de tanto antiguo nombre como servían con los rayos de luz por ellos despedidos á esclarecer su alma y á encenderla en tantas ideas altivas y propias del superior destino á que le llamaban todas sus propensiones.

En tal espíritu había una pasión tierna. Esta pasión dulce y tierna era el amor á su madre. Para él nada valían las riquezas, nada los placeres. Fuera de las grandes satisfacciones de su orgullo, no

sentía ninguna otra satisfacción. Como ciencia le bastaban los auspicios que le servían para los augurios destinados á someter y refrenar al pueblo. Para el arte no había propicia condición allí donde la guerra con los plebeyos en lo interior, y en lo exterior la guerra con los latinos, pedía una rudeza incompatible con ciertas contemplaciones sabias ó estéticas. Atleta por el ejercicio formidable de todas sus fuerzas, guerrero diestro en el empleo de todas las armas, aquel temperamento fortísimo guardó como nota dulce y tierna la piedad filial. Un muchacho que no ha conocido padre reconcentra todas sus devociones infantiles en la madre y no las divide y no las separa en dos como quienes han conocido padre y madre. Luego pocas, muy pocas impresiones duran tanto como las que promueve, al comenzar la juventud, el espectáculo de un duelo estoicamente soportado y el recuerdo eterno de un padre aparecido en todas las ocasiones capitales de nuestra existencia. La viudez acrecienta mucho el poder moral y autoridad propia de una madre. Parece más sagrada, mucho más, la viuda que ha sentido el amor, y, privada de su objeto, le dedica un recuerdo eterno, que la vestal consumida en una perdurable virginidad. Los hijos criados sin padre aman mucho, por todo extremo, á sus madres, en quienes ven concentrada la paternidad con

todas sus severidades y la maternidad con todos sus amores. Así, nada tan puesto en razón como que Veturia represente la mayor potestad alcanzada por el amor maternal en el mundo romano, y que represente Coriolano la piedad filial. Su mujer y sus hijos no valían para él todo cuanto valía su madre. Quizás al sentir ufanía y orgullo tan altos é intensos por la sangre que corría en sus venas, Coriolano creyese ver en su madre, además de una representación del antiguo genio romano en su aspecto más dulce, una imagen de la libertad patricia. Precisa para comprender esta clase de afectos recordar la prosapia y la época en que llegó á la vida pública el gran milite romano. Los patricios habían acabado en aquellos días de lanzar á los reyes y á su representación más odiosa los infames Tarquinos. Esta expulsión violenta juntábalos en el odio común á la tiranía tradicional y en el común amor á la libertad aristocrática. Un patricio romano de los primeros tiempos asemejábase á un noble sajón de los tiempos modernos en que amaba tanto la libertad como aborrecía la esclavitud. Este bien supremo de poseerse á sí mismo, por el cual nunca se pugnará en el mundo bastante, parecíales una característica reservada por completo á las clases superiores y altas, únicas dotadas de comprensión bastante para entenderlo en toda su verdad y con-

servarlo con fuerza perdurable. El amor á la libertad se contrastaba en su interior con el odio á los plebeyos y á los reyes. Destronados éstos no habían podido conformarse con su destronamiento. En el flujo y en el reflujo de las acciones y de las reacciones sociales volvían como espectros á la Roma libre, harta de todos ellos y de sus privilegios hasta el punto de tomar su nombre como palabra nefastísima, la cual no debía pronunciarse jamás, por generadora de calamidades y desventuras sin término y sin cuento. Pero volvían muchas veces, y volvían ayudados por reyes vecinos como Porsena, quien comprendía de igual suerte que los reyes europeos del siglo pasado que una república en Roma daría de sí, tarde ó temprano, una república en todo el Lacio, y una república en toda Italia. Sostenida por ideas tan exactas, la reacción latina trataba de restaurar los Tarquinos, y el patriciado se oponía más aún que la plebe á esta restauración. Mucho debía repugnarle á Veturia. Conociendo, como conocemos, los sentimientos de su hijo, precisa recordar que los bebió en el corazón de aquella idolatrada madre, fiel á la vieja virtud romana que las madres guardaban en el hogar privado con tanta fe como pudieran las vestales en el hogar público. De aquí el influjo ejercido por las mujeres en general,